

TOI MONTAO

En estos días me hice con mi primer casi velero, si es posible llamarle así a un kayak con vela; si no, tengo, entonces, una especie de *buzivelero*, con una vela en «V» de aproximadamente un metro cuadrado más una quilla de *windsurf* adaptada. Así transformé uno de mis vehículos de trabajo en uno de más placer, siempre y cuando el viento fuese a favor. Cuando está en contra, la cosa se complica sobremanera, y ya no puedo subir en zigzag; *pa´bajo* es puro goce; y *pa´riba* remando, sin vela y a puro brazo. De todos modos hago menos esfuerzo en ir así que cada tanto la uso aunque al alejarme más y tener que volver contra las fuertes brisas y también corrientes es bueno para los brazos, pero no dan ganas de ir para esos lugares hasta que por fin llegué al *bucicat*. Mi primer catamarán... casi.

Un pecio es un barco hundido; yo tuve la suerte de encontrar uno. Toda vez que uno a pedales sea algo por el estilo. Como los que hay en los parques o plazas con lagos, encontré un pecio, o pecito. Lo grandioso para mí es que adapté este catamarán y lo hice un *bucicat* (mi catamarán de buceo), y le puse un motorcito *yamaha* de ocho caballos con el que puedo desplazarme mucho mejor y no andar durante mis pescas tan forzado ni cargado. Tuve suerte de encontrarlo, ya que varios sabían más o menos por dónde estaba pero no habían podido dar con él. Y Yo sí. ¡Juá!

El catamarancito estaba en la bahía, cerca del Hoyo, una de las partes más profundas dentro de la entrada, aunque sólo hay sesenta o setenta pies, no demasiado profundo para mi buceo pero sí para el de otros.

Después de un par de semanas de poca pesca en mis lugares habituales, preferí ir a buscar por la bahía algunas langostitas, lambí y algún pescadito para comer. Generalmente no buceo dentro de la bahía, es difícil encontrar peces de buen tamaño, pero mis escasos ingresos, y la posibilidad de encontrar un pequeño catamarán me decidieron a probar suerte por allí.

Sabía que encontrar el pequeño catamarán sería difícil. El agua en el fondo en esa zona está generalmente turbia. Este día, en particular, estaba bastante sucia. Además, ya hacía cerca de dos años que estaba hundido; seguramente estaría cubierto de lodo, algas y vaya a saberse si tal vez no se le habrían formado corales encima.

Leí un libro en donde cuentan cómo se descubrió la nave «Concepción» en el Banco de La Plata, a unos cuantos kilómetros al norte de la isla. El Banco de La Plata es llamado así por toda la plata que llevaba este barco como botín que tomaban los reyes españoles de los indios del nuevo mundo. Fueron muchos los expedicionarios que durante casi cuatro siglos buscaron el pecio, pero fracasaron en el intento. Al final lo encontraron hace no muchos años, con equipos muy sofisticados, y mucha suerte, ya que estaba cubierto con más de treinta pies de corales. Jacques Cousteau la buscó sin poder encontrarla y se refirió al problema de cómo crecen de rápido los corales en mares como el del Caribe. Luego de Jacques Cousteau otros exploradores la encontraron hace unos cuantos años.

Salvando la escala, con esto en mente, pensaba si encontraría este pequeño catamarán o quedaría enterrado tal vez para siempre, transformándose en un coral. Por las dudas empecé a buscarlo bastante antes de donde me dijeron que podría estar. Efectivamente, así tuve la suerte de que buscando con muy poca visibilidad en

una de las sumergidas, veo algo claro. Dejé caer el arpón amarrado a la boya para marcar el lugar, y subí a tomar aire. Al sumergirme nuevamente, por fin vi al catamarancito, casi todo tapado en barro y ostiones.

Le até una boyita que dejé sumergida para que no la vieran, y fui adonde los españoles, a ver si me daban una mano en el rescate. Al fin del día, el agua turbia por la brisa hizo muy mala la pesca, pero la suerte de encontrar el catamarancito hundido hizo muy fructífero mi buceo. El tema sería cómo sacarlo ya que estaba a más de cuarenta pies de profundidad, y bastante enterrado.

El recate del *bucicat* fue con la ayuda de Freddy Fonlut, francés y director técnico del proyecto donde crían doradas, y de Alonso Tabares, mi amigo, biólogo y compañero de buceo.

Preparamos con Alonso y Freddy sogas y un equipo de buceo, y para allá fuimos. Freddy bajó con un tanque y le ató e infló un globo para que hiciera la fuerza, pero en el primer intento se soltó el globo y subió un inmenso burbujonón, que me encontró justo arriba, y tuve que hacerme a un lado, sorprendido. En el segundo intento pudimos desenterrarlo. Le atamos una soga larga, y lo sacamos a media agua, tirando con la camioneta.

Cargamos mi pecio a la *pick up*, y cruzamos el pueblo con algo que parecía basura: todo cubierto de barro y ostiones. Varios se burlaron, pero yo tenía fe en arreglarlo; lo veía como nuevo.

Coincidió la reparación del *bucicat* con otro huracán, el Charlie, que pasó al norte de la isla, pero lo mismo se alborotaron las aguas al sur del país. Por ende, también fueron afectados mis ingresos. Sin embargo, las remesas maternas me salvaron nuevamente. Ahora puedo ir con el *bucicat* a más lugares, y las probabilidades de cacería han aumentado.

Los arreglos llevaron mucho más tiempo, y materiales de lo pensado. Reparar los huecos con resina y fibra, llenar los flotadores con telgopor, lijarlo; en suma, todo me tomó una semana. También soldé unos hierros para el soporte del motor, y darle más refuerzos al chasis. Recorté la carrocería y asientos, le pegué una tabla de *plywood* a la que revestí en resina, fibra de vidrio y lo pinté todo tipo camuflaje color azul, celeste y blanco. El motor es de ocho caballos y quedó mejor de lo que pensaba, pero también más caro. Me dejó en *quiebrarrota* y *bancaquiebra*, pero algo mejor me va y estoy mejor *montao* y en una nave, el *bucicat*.

Algo bueno es que puedo llevar cosas: repuestos del arpón, flechas, *ático* para langostas, gancho para pulpos, *flasher* y también otras cosas de pesca, como cordeles, señuelos, plomos y anzuelos; además de agua y comida, con lo que el buceo ahora es distinto programa. Y cuando voy al Mar Caribe, en vez de cruzar las dunas con mi pesca, llevo los pescados en el *bucicat* hasta casi la pescadería misma. ¡Un lujo! Eso sí, si la pesca no había estado buena, o si el vehículo me deja a pata de rana ahí la película cambia, y a esa película la he visto unas cuántas veces... la nave me dejó a pata, y pata de rana, en varias ocasiones.

En la inauguración, después de un par de semanas de reparación, el *bucicat* se hizo a la mar, y de agua se llenaron los dos flotadores; a pesar de, aparentemente, haber pasado la prueba de agua en tierra firme. En el primer viaje de buceo tuve que ir dos veces a la orilla a vaciarlo y reducir el agua, y medio que fui rescatado por Alonso, que me fue a buscar en una lancha. Anduve esa vez por varios lados, pero la pesca



resultó muy mala. Y si bien me desbaraté buscando peces por todos lados, no saqué ni para la gasolina; pero sí una buena comida, y hasta el gato comió langosta para festejar la primera travesía.

El motorcito ocho caballos funciona bien la mayoría de las veces cuando no, a pata de rana y a pesar del mal comienzo, trataré de recuperar lo invertido lentamente.

En una de mis primeras pescas en el *bucicat*, después de haber buceado por las jaulas semiflotantes de los españoles y un par de balsitas que tengo por ahí, pasé luego a anclar cerca del barco hundido. Tiré un palangre tipo *pescasolo*, que es un elemento o herramienta de pesca: se deja flotando una boya con cordel y varios anzuelos, con medio *carítico* de carnada, que ya había cazado. Bajé un par de veces al barco pero los tragos de la noche anterior me hacían sentir muy forzado, y al no haber visto nada muy bueno, preferí seguir el buceo por otro lado, aprovechando mi nueva movilidad.



Al ir al catamarancito y querer levar el palangre, siento que traía algo pesado, ¡cóncholes!, parecía algo grande y veo una mancha clara abajo... tal vez un pescadazononón... Pero en realidad no había pescado ningún pez, sino una de mis balsita con hojas de cana, que antes había puesto en la parte delantera del barco, y daba por perdida. Ahora veía que se había hundido; el anzuelo del palangre la había enganchado.



Bueno, ningún gran pez pero recuperé una balsita, pensé. Y bajé a atarle unas botellas de plástico para dejarla flotando a media agua. Después volví a descender alrededor de cincuenta pies para soltar el anzuelo del palangre enganchado, y mientras lo desenredaba pensaba en el cuidado que hay que tener ya que cualquier enredo bajo el agua es un peligro, y más a esa profundidad... y pienso que debería haberme sacado el guante... y no va que se me engancha con el anzuelo. ¡Coños! Prefiero a las apuradas sacarme el guante en vez de cortar el cordel,

y salí *juyendo pa'riba*.

Después tuve que bajar varias veces más para recuperar el guante y desenredar el palangre, y también la soga del ancla que se había atascado en la balsita. ¡Coños con la balsita!

Ya cansado y con pocas presas, seguí con la idea de ir a bucear por otro lado, y fui a La Punta de la Loma. Ya por ahí, buceando y conociendo una zona de piedras como a treinta pies de profundidad veo una raya de unas cincuenta libras. Hay muchos de estos peces, las rayas y chuchos se hacen grandes, es un placer nadar cerca de ellos, y por eso no les disparo. Seguí de largo sin tirarle pero la pesca venía

mala, me habían dicho que su carne no es mala para comer y que si bien la pagan poco, esta vez necesitaba para la gasolina, así que a los pocos metros decido volver a matarla.

Estaba la raya acostada en el fondo, me sumerjo lentamente a buscarla, debía evitar me alcanzara con la púa de su cola, y pegarle en el cerebro entre los dos ojos, pero, tal vez mi poca decisión de matarla hizo que le pegara más adelante y salió la raya velozmente.

¡Oh!, mal tiro. Recuerdo: sentí el tirón. Le suelto el arpón y me agarré del *bunggie* o sogá elástica, sujeta al arpón. La *pájara* me llevó arrastrando como una hoja cada vez más lejos del *bucicat* y temí perder el arpón. Pero al rato se empezó a cansar y pude levantarla un poco hasta agarrar el arpón, y guiarla hacia donde estaba mi nave.

Al llegar, veo el mal tiro que le había pegado: ¡en la nariz! Y entendí porque la raya estaba tan viva, y bien peligrosa con su púa. Al subirla tuve que pegarle varios cuchillazos para tratar de matarla y cuando estaba arriba del *bucicat*, jadeante, agonizando, ya estaba yo arrepentido. Entonces veo que de su barriga aparece como una tripita, y de repente sale una rayita. ¡Cóncholes!

Ya súper arrepentido de tirarle, pero herida de muerte y teniendo que matarla, empecé a hacerle trabajos de parto a ver si salían otras rayitas más, y pujando ella, y empujando yo, salió otro rayita. Sigo con los trabajos de parto y al ver que no salían más le hago como una cesárea, y le corto el estómago, pero al parecer ya no quedaban crías. Una carnicería.

Para colmo la parte que se vende son sólo sus alas así que también tuve que mutilarla. Desbaratado de cansado, empecé el regreso con la raya a mis pies, y el ánimo cerca...

Tenía la brisa en contra y poca gasolina así que con suerte llegaría hasta la casa de los españoles, adonde solía dejar el *bucicat*.

Tratando de no pensar si llegaría o no con la gasolina, se me empastó la bujía nuevamente. A las apuradas la saqué y limpié, y después de muchísimas tiradas de sogá, para arrancar el motor, pude entrar a la bahía ya de noche y con la gasolina justo como para llegar al pueblo.

Era un domingo normal. Casi todo el pueblo descansando o bebiendo en la calle y colmados. Yo, desbaratado, caminando por las pescaderías y comedores tratando de vender las alas de la raya. Nadie las quiso comprar así que le pedí a Jíbaro si me las podía tener en el *freezer* hasta el próximo día. Volví al *bucicat* para sacarle el motor, guardarlo en la pescadería y, al fin, regresar a comer unos tallarines a casa, después de un largo día.

En el Jején no había luz. Dejé los tallarines haciéndose en agua hirviendo, y fui nuevamente a lo de Jíbaro a dejar el resto del pescado para que no se echara a perder, también pasé por un colmado a buscar algo para el desayuno.

En la barra del colmado de Armando, un borracho me tumba una banqueta de las que pesan un montón; y que me cayó justo en el pie.

Bueno, sin decir nada, pensando que todo pasa por algo, regresé rápido, cojeando, antes de que se me quemasen los tallarines. Los devoré a la luz de la luna, y caí rendido, tratando de olvidar la agonizante raya.

Desagradable cacería, y no muy rica su carne frita como la preparé, aunque dicen que primero debe ser sazonada y secada al sol.

[Http://www.martincornu.com.ar/cronicas](http://www.martincornu.com.ar/cronicas)

De todos modos, no creo volver a subir otra raya al Bucicat, no importa su sabor, prefiro otros peces, como les contare en otra cronica, si Dios quiere